



Ochenta Años de Vida Sobre la Tierra

Por EDGARDO GARRIDO MERINO

Con algo de inquietud en el espíritu y también con inevitable falta modesta me voy en la obligación íntima de comunicar a mis queridos lectores una serie de apuntes que, a pesar de pertenecer a un orden privado, necesito divulgar. El día primero de este mes, fuimos para el calendario de nuestros sesenta años, he cumplido ochenta años de existencia. No es dicha cifra, que me inclina a la meditación, asunto de interés para los que están haciendo camino al andar, como nos dice el muy cabalístico poeta Antonio Machado, pero sí para quien, como yo, experimenta la sensación moral y física de haber asistido a una década del tiempo, que lleva a situarnos al borde del sendero en actitud de breve reposo, abandonando temporalmente el proverbial hilo de la vida. Es cuando el enigma de la existencia se nos presenta, justo al cayado rústico o del bastón riadista, el cumplimiento de una idea: punto de apoyo para nuestra experiencia ya sagrada. Es una bellosa exhortación para nuestros hijos, porque está formada por años de vida, por la dulzura de los recuerdos de las horas felices y por las amarguras de los momentos dramáticos.

Ochenta años no es una edad avanzada, como se cree en la cultura ajena, pero para quien los cumple son demasiados porque todos estos instantes, en que hemos sido testigos de la vida en curso, han adquirido ante la conciencia los contornos de una batalla heroica. Se vive en las penurias del pasado y de la incertidumbre del futuro. Se entra en esta incongruencia, llamada de la vida, aunque con inconcebibles golpes de suerte, y se remonta a la observación del tiempo que transcurre agitando nuestras ideas en un mundo que ofrece progresos rápidos pero que destruye lo fe y el valor irracional de muchas y sabias tradiciones, amonándonos además con un año de mil que está impregnado de profetas incipientes. Por lo tanto, ya a punto de cumplir tres siglos de vida, el camino al seguir no puede ser venturoso. Los ochenta años, que presentan blancos o nieve en las cabelleras, carga sobre los hombros y flojera al andar, son testimonio de que hemos vivido la vida persiguiendo el sueño de los años que conforman el pasado de la historia.

El empuje de la vida y todos sus avatares de peregrino tuvieron por finalidad conocer almas y paisajes. Sus afanes de escribir le hicieron llevar en su obra el espejo de que hablaba Rimbaud con el que han de acompañarse nuestros pasos para indicar en su línea los siglos de los siglos, aspectos del mundo y los contrarios de la in-

ferencia y la muerte que el tiempo lleva consigo, todo hombre que piensa y siente sus momentos previos, sus escritos o no lo sea, proyecta dejar a modo de testamento algún libro, algunas páginas o cartas que le permitan sentir, sería burlando, su propia historia. Hace años, en el Ateneo de Madrid, un novelista y académico de singular simpatía, me obsequió su último libro. Era D. Emilio Gutiérrez Cordero, anciano de distinguida presencia, elegante en figura y atuendo. Acababa de cumplir la cifra cumbre y el libro que me obsequiaba tenía por título "Mis primeros ochenta años", título que reflejaba una verdadera sonrisa espiritual. Ahora está muy en boca llevarles la cuenta de los años a todos los que se encaminan a ser longevos, claro que esto no pasa con las dudas, cuya edad suele ser siempre un secreto de boudoir. En mi pequeña biblioteca de Estepa, entre otros de los libros del sabio historiador Ramón y Cajal, una ingenua impresión propia de un humanista de su extraordinario tiempo. Titúlase "El mundo visto a los ochenta años". Lo publicó en 1932, sobreviviendo dos años más.

Lo conocido y tratado a varios lugares. En París, Pablo Picasso, en París, al que visité en 1928, cuando él estaba en la ciudad de los milagros. El célebre malgastado disfrutaba ya de año ochenta. Era persona de estampa rotunda y de carácter desenvuelto. Volví a verlo en Barcelona, años más tarde, pero ya en vís de la vejez. Años más de los ochenta años, pero ya no superó al gigante que vivió una centuria, y en ello no agregó ironía. Otro espectador del siglo, D. Ramón Menéndez Pidal, el celebrado palentino, Director de la Real Academia de la Lengua, quien me lució en mis estudios novales, hablaba en su residencia, recelosa, y sentada de árboles, en Chamartín de la Rosa, y en ella se dedicó a sus investigaciones históricas, llegando a vivir casi una centuria. No pudo vivir, tampoco, de Azorín, suave, simpático, marginado en su tono menor, que llegó a vivir más de noventa años, sin saber si disfrutaba halagantes me brindó su amistad como un surco de agua clara en copa de cristal.

Aquí en Chile, D. Ramón Salazar, ya cumplido sus ochenta años, me legó un libro de poemas ricos en coloridos recuerdos, muy propios de un ilustre acarellista que cultivó el arte de la poesía de grandes masas y plácemes. Luce el mismo del distinguido diplomático que perteneció a su hijo, el exilado poeta Pedro, su fervor por la vida pictórica, otra que,

la misma que el tiempo lleva consigo, todo hombre que piensa y siente sus momentos previos, sus escritos o no lo sea, proyecta dejar a modo de testamento algún libro, algunas páginas o cartas que le permitan sentir, sería burlando, su propia historia.

Hace años, en el Ateneo de Madrid, un novelista y académico de singular simpatía, me obsequió su último libro. Era D. Emilio Gutiérrez Cordero, anciano de distinguida presencia, elegante en figura y atuendo. Acababa de cumplir la cifra cumbre y el libro que me obsequiaba tenía por título "Mis primeros ochenta años", título que reflejaba una verdadera sonrisa espiritual. Ahora está muy en boca llevarles la cuenta de los años a todos los que se encaminan a ser longevos, claro que esto no pasa con las dudas, cuya edad suele ser siempre un secreto de boudoir. En mi pequeña biblioteca de Estepa, entre otros de los libros del sabio historiador Ramón y Cajal, una ingenua impresión propia de un humanista de su extraordinario tiempo. Titúlase "El mundo visto a los ochenta años". Lo publicó en 1932, sobreviviendo dos años más.

Lo conocido y tratado a varios lugares. En París, Pablo Picasso, en París, al que visité en 1928, cuando él estaba en la ciudad de los milagros. El célebre malgastado disfrutaba ya de año ochenta. Era persona de estampa rotunda y de carácter desenvuelto. Volví a verlo en Barcelona, años más tarde, pero ya en vís de la vejez. Años más de los ochenta años, pero ya no superó al gigante que vivió una centuria, y en ello no agregó ironía. Otro espectador del siglo, D. Ramón Menéndez Pidal, el celebrado palentino, Director de la Real Academia de la Lengua, quien me lució en mis estudios novales, hablaba en su residencia, recelosa, y sentada de árboles, en Chamartín de la Rosa, y en ella se dedicó a sus investigaciones históricas, llegando a vivir casi una centuria. No pudo vivir, tampoco, de Azorín, suave, simpático, marginado en su tono menor, que llegó a vivir más de noventa años, sin saber si disfrutaba halagantes me brindó su amistad como un surco de agua clara en copa de cristal.

Aquí en Chile, D. Ramón Salazar, ya cumplido sus ochenta años, me legó un libro de poemas ricos en coloridos recuerdos, muy propios de un ilustre acarellista que cultivó el arte de la poesía de grandes masas y plácemes. Luce el mismo del distinguido diplomático que perteneció a su hijo, el exilado poeta Pedro, su fervor por la vida pictórica, otra que,



Edgardo Garrido Merino.

como "Recuerdos del pasado" de nuestro clánico Vicente Pérez Rosales debe estimarse como un reflejo de nuestra sociedad de ahora. Cuando los ochenta años llegan con gloria, se da el caso reciente de dos escritores célebres: Paul Eluard que vivió en París y no dejó, "Mujeres sin cielo" y "Las Sirenas del Dragón" y Agatha Christie que al cumplir el ochenta y el cinco no muy celebrada por todos los ingleses, ya intentó de ultramar, sin poder reparar a sus muchos novelas delictivas.

He de escribir unas memorias, si la Providencia me reajusta mi resta de vida, pero en ningún caso imitaré a Chateaubriand que escribió sus famosas "Memorias de ultratumba". ¿Quién va a estar preocupado, en el otro mundo, de la corrección de las pruebas de imprenta, de la opinión de los críticos y de las cuentas del editor? No faltaba más. Preferiría llevar algunos libros de Simone de Beauvoir que se ha hecho maestro en novelas de guerra.

No olvidaré ya en el andén del último viaje, el grito de los legionarios en guerra: ¡Viva la muerte!, grito que responde a la coronación de una existencia. Escuché también la coronación de una vida que no será querida tendrá por recompensa un inagotable caudal de monedas eternas.

Amado Nerio, amigo de motivos sencillos, acentaba su consecuencia diciendo: "Cuando pienso rosales concebí siempre rosas". Y después de afirmar que fue el arquitecto de su propia vida levantando así uno a uno sus poemas "Amé, fui amado, el sol se levantó así far". "Vida, nada me debes". "Vida estamos en paz". Y es a fuer de buen cristiano, hago mis las palabras del gran poeta y pido a la sombra de la historia que traiga conmigo a nuestro ánimo el día de Todos los Santos he contemplado el cielo con ojos de esperanza viendo apagarse el sol que nos deja, cada día, la promesa de un día nuevo. Y así iremos entrando en la etapa final, cuando la vida se convierte en un poco ignota donde se duermen las últimas estrellas...

Ochenta años de vida sobre la tierra [artículo] Edgardo Garrido Merino.

Libros y documentos

AUTORÍA

Garrido Merino, Edgardo, 1888-1976

FECHA DE PUBLICACIÓN

1973

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Ochenta años de vida sobre la tierra [artículo] Edgardo Garrido Merino. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile